

De Óscar Zuluaga, “El Juglar”, y otras historias

De juglar, Óscar Manuel Zuluaga Uribe lo tiene todo. Hablar con él es escuchar historias y versos constantes que llevan la memoria a momentos precisos, años donde el arte, las letras, la corporalidad y la prosa le llegaron hasta las entrañas. Al preguntarle por sus raíces y su infancia, no tarda en contestar con unos versos del Canto del antioqueño de Epifanio Mejía, paisano suyo, que rezan: “Amo al sol porque anda libre, / sobre la azulada esfera, / al huracán porque silba / con libertad en las selvas [...] // Nací sobre una montaña, / mi dulce madre me cuenta / que el sol alumbró mi cuna / sobre una pelada sierra. // Nací libre como el viento / de las selvas antioqueñas, / como el cóndor de los Andes / que de monte en monte vuela. // Pichón de águila que nace / sobre el pico de una peña, / siempre le gustan las cumbres, / donde los vientos refrescan [...]”.

“El Juglar”, como todos lo llaman, tuvo la fortuna de crecer en una familia cariñosa y amorosa. Su madre, maestra, y su padre, agricultor, vivieron un amor fraternal, de modo que los castigos eran poco conocidos en su hogar. La educación que recibió escapaba de las frases tradicionales y los métodos retrógrados. En contraste, abundaba en libros, en amor al campo, respeto mutuo y solidaridad; pero, sobre todo, en su casa rondaba el arte. “Me acuerdo de mi tío cuando llegaba de visita a las casas, nos declamaba poesías, nos recitaba versos, nos contaba anécdotas. Mi abuela tocaba la lira, y lo hizo hasta muy anciana. Cuando ya no tenía ojos para ver, pulsaba las cuerdas de memoria. Una de mis tías era pianista, y otra tocaba el tiple. En la casa siempre se vivía el ambiente del arte. Hacíamos comedias y encuentros para divertirnos entre todos”, evoca Óscar.

Foto _9060015

Foto donación del Maestro Raul Soto al archivo de Arlequín y los Juglares.

La suya, como un 90 % de las familias de este país, fue pobre, pero nunca le faltó nada. Sus padres también tuvieron que abandonar su tierra, desplazados por la violencia que asolaba los campos y las ciudades. Su infancia y parte de su juventud estuvieron marcadas por acontecimientos importantes de la historia del país, como el ascenso de Laureano Gómez, el derrocamiento de Rojas Pinilla, la creación y formación del Frente Nacional, y muchos otros sucesos de la violencia política que ha signado a Colombia. “A pesar de todo eso, fuimos bien educados, nos dieron oportunidades de estudio a todos los hijos de la familia. De los diez hermanos, todos estuvimos en la universidad y logramos salir adelante en nuestros procesos”, comenta El Juglar. El arte siempre le hizo guiños. Desde muy pequeño, cuando vivía en Manrique con su familia, organizaba veladas para entretener a sus otros hermanos, “que eran más pelaítos”, mientras su mamá era la orquestadora de telas y sábanas de cama que se transformaban en grandes escenarios donde ocurría la magia. Los orígenes de su amor por la poesía también nacieron en familia. “Otro de mis tíos –tuve veinte, pero ya todos murieron–, Martín, era aserrador: subía a las montañas de Yarumal, armaba todo su entable, serruchaba las tablas de un árbol y con eso construía los muebles de la casa y todo lo demás. Cuando llegaba el tío Martín a saludar a mi papá, siempre se saludaban en verso y conversaban en pareados:

—Que cómo te fue, Martín...
—Llegando de ese confín...
—¿Y es que te encontrás cansao?
—Sí, alquito, esperanzao.
—Que bueno que aquí charlamos.
—Pues si querés, venga y alquito nos tomamos.

El Óscar “pelaíto” recuerda que se quedaba mirándolos hablar, fascinado. Quizás, muchos de los versos con los que él conversa hoy son la herencia de aquellos diálogos de su tío y su padre.

El Juglar aprendió a escribir en la Institución Educativa José Celestino Mutis, y así llegó su primer poema intitulado “Poema al Sol”, que escribió en la terraza de su casa. “Le escribí un poema al sol y recuerdo que me quedé toda una mañana ahí mirando el cielo, el sol, la vida... Me gusta la poesía, ese camino ya lo tenía por dentro”, rememora. Por esa misma época, en su colegio había un encuentro semanal –el Centro literario– en el que se organizaban actividades de teatro, foros, debates, lecturas de poesía, escritura... El Juglar recuerda haber pasado horas debatiendo con sus otros compañeros para ver quién sería el director de ese centro cultural, que se reunía todos los viernes.

A su vez, fue allí donde tuvo su primer acercamiento oficial al trabajo con el teatro. A la sazón, decidió fundar un periódico –y una revista– con el nombre de El Sancarlista, para escribir, publicar los poemas que componían en el Centro literario, y hablar de temas que para la época eran considerados álgidos. “Después, decidí crear un grupo de teatro. Monté una obra –cuyo libreto no lo he podido volver a encontrar– con el título “Cada islote contempla su propio mar”, era un monólogo. Y en la capilla del colegio, a la antigua usanza de la Edad Media, hice mi monólogo con gran éxito. Esa fue la primera vez que estuve con un público mirándome, en un escenario diferente al de los juegos de la infancia”, cuenta El Juglar.

Posteriormente creó el Teatro Experimental San Carlista –Tesca–. Para ese momento, Óscar cursaba sexto de bachillerato y era un muchacho de unos 18 o 19 años con una sed de experimentarlo y vivirlo todo con el arte escénico. Su interés e inmersión en lo social también le vinieron desde “muy pelao”, cuando escribió unos versos para el sindicato de la Editorial Bedout: “Yo solía pasar en una huelga. Entré, y me senté al lado de la olla comunitaria; me puse a escuchar a los obreros y su problemática, y me interesó mucho. Me fui para mi casa a escribir sobre eso que había oído. Al día siguiente les pregunté si podía leerles lo que había escrito y todos me dijeron que sí. Yo leí mis versos allí, esa fue una vinculación importante al sector social. Desde ese entonces, mi trabajo en Arlequín y los Juglares siempre ha estado vinculado a los sectores sociales: obreros, campesinos, estudiantes, mineros, indígenas, afrodescendientes, etcétera. A partir de ese momento, ya no dejé de participar en nada”, evoca Óscar Zuluaga.

Foto _9060327

Foto donación del Maestro Raul Soto al archivo de Arlequín y los Juglares.

“Mi trabajo en Arlequín y los Juglares siempre ha estado vinculado a los sectores sociales: obreros, campesinos, estudiantes, mineros,

indígenas, afrodescendientes, etcétera. A partir de ese momento, ya no dejé de participar en nada”.

Hacia 1968, El Juglar conoció la Escuela Municipal de Teatro, que en aquel entonces tenía su sede detrás del Teatro Pablo Tobón Uribe, y no dudó en matricularse. Allí tuvo la oportunidad de estudiar y formarse con una “pléyade de estrellas” que marcaron grandes momentos para la historia del arte y el teatro en Colombia.

Los inicios de Óscar en la universidad fueron los mismos de muchos de nosotros: el paso por varias carreras, entre ellas Ciencias generales, Química y Física nuclear, pero eso sí, todas le gustaban porque siempre lo atrajeron las matemáticas y los números. Después, se cruzó en su camino Edilberto Gómez, el primer director del Teatro de la Universidad de Antioquia, y allí también se inscribió. Así, a los veinte años, El Juglar estaba en la universidad, hacía parte de la Escuela Municipal de Teatro y del Teatro de la Universidad de Antioquia.

En todos estos escenarios, El Juglar comenzó a dar sus primeros pasos como ayudante de dirección en varios montajes. “Me acuerdo específicamente de un montaje muy especial, que fue La excepción y la regla, de Bertolt Brecht, porque fue la primera vez en mi vida que pisaba como actor las tablas de un teatro, el Teatro Pablo Tobón Uribe, y yo siempre digo que ahí empezó realmente mi carrera profesional”, cuenta Óscar. De ahí en adelante empezó un arduo y satisfactorio camino para él, participando y montando diversas obras, hasta que llegó la persecución política que siempre se ha cernido sobre los artistas y los teatreros, en particular por la libertad que ofrece el teatro de reflexionar y narrar el territorio; en 1971 cerraron la Escuela Municipal de Teatro, lo que obligó a sus integrantes a reemprender sus propios caminos artísticos y culturales.

El camino de Óscar y el de varios de sus condiscípulos coincidió con el de Edilberto Gómez, con quien fundaron, en San Antonio de Prado, el Teatro Antioqueño, el Teatro Los Nuevos Comediantes y la Corporación de Arte Popular y Artesanal. Allí propiciaron nuevos espacios y escenarios de expresión artística, de reflexión y poesía para los adolescentes y jóvenes de la época. A su vez, El Juglar, en compañía de Jorge Mario Álvarez y Humberto Múnera, fundaron Títeres Arlequín, con una variada programación para los domingos y presentaciones en todas las escuelas y barrios de San Antonio. Después, el camino de Títeres Arlequín llegó a Bogotá, donde permanecieron durante dos años en los que hicieron trabajo de formación y funciones de títeres para un programa en la televisión. Óscar escribió cerca de 120 libretos para títeres, que aún conserva.

Luego de su estadía en la capital, los tres amigos tomaron rumbos diferentes, y el de Óscar lo condujo de nuevo a Medellín, “y como dice la historia, en 1981 se radicó en la ciudad para luchar por la transformación y el desarrollo del arte dramático en Colombia”, declara El Juglar. Ya en Medellín, Óscar montó el monólogo “Los perjuicios que causa el tabaco”, escrito por Chéjov, y lo presentó en las escuelas de primaria. Para El Juglar, “las escuelas de primaria son fundamentales para nuestro grupo de Arlequín y los Juglares. Ahí se hizo la mayor escuela. Así, empecé a recorrer todas las escuelitas de Medellín. Luego, cuando conseguimos el espacio del Aeroparque Olaya Herrera, en 1985, tras la creación del Área

Artística y Cultural de Medellín, de ahí surgió la idea de articular los diferentes procesos que habíamos tenido, en uno solo: Arlequín y los Juglares”.

El Grupo Arlequín y los Juglares cumplirá 50 años de creación ininterrumpida: Óscar hace énfasis en esto último porque, aunque su trasegar ha estado marcado por desplazamientos, cierres y censuras políticas, el arte nunca se detuvo y este grupo afincó sus raíces en tres estandartes: la vinculación al movimiento social, al movimiento afrodescendiente y con los indígenas. Cuando le preguntamos por el manifiesto de Arlequín y los Juglares, nos contestó: “Espacio para la vida, para la brega, para el amor, para el arte y la cultura, por otro mundo mejor”. El propósito de este grupo es transformar el dolor en luz y ciencia y, en memorias, el olvido. Creen fervientemente que solo hay una raza: la humana, por lo que en Arlequín hay espacio para todos, sin distinción ni discriminación. Arlequín y los Juglares no es un espacio físico: al margen de dónde se originó, cuál es su sede y hacia dónde avance, el Grupo Teatral está en todos los sitios donde el arte florece, se manifiesta, se dulcifica, se crea y se desarrolla.

“Espacio para la vida, para la brega, para el amor, para el arte y la cultura, por otro mundo mejor”. El propósito de este grupo es transformar el dolor en luz y ciencia y, en memorias, el olvido.

Foto _9070335

Foto donación del Maestro Raul Soto al archivo de Arlequín y los Juglares.

Óscar Manuel Zuluaga, El Juglar, es un fiel creyente de que el teatro es una herramienta que contribuye y le aporta al cambio, desarrollando las capacidades de cada ser humano y ayudándolo a descubrirlas, así como a concientizarse de sus propias limitaciones y cómo manejarlas. “En estos semilleros no buscamos crear actores y actrices, lo que buscamos es crear mejores seres humanos”, añade.

“Mientras siga esta guerra de injusticias para mí, yo cantaré desde aquí canciones para mi tierra. Es decir, para Arlequín y los Juglares el arte es un elemento para buscar un mundo mejor para todos los que habitamos en él. No es un mecanismo económico o comercial, es una apuesta de vida”.